

para levantar en él una plaza, vuestra casa para convertirla en hospicio. Os comprarán vuestro monumento.

Si es precisa una ley, lo repetimos, que se haga. Oímos ya las objeciones que se levantan por todas partes:—¿Acaso tienen tiempo para ello las Cámaras? —¡Una ley por tan poca cosa!

¡Por tan poca cosa!

¡Cómo! Tenemos cuarenta y cuatro mil leyes de las cuales no sabemos qué hacer, cuarenta y cuatro mil leyes de las cuales apenas hay diez buenas. Cada año, cuando las Cámaras trabajan, las ponen por cientos, y de la incubación sólo dos ó tres nacen con vida. Se hacen leyes sobre todo, para todo, contra todo y acerca de todo. Para transportar los cartones de tal ministerio de un lado á otro de la calle de Grenelle, se hace una ley. ¿Y una ley para los monumentos, una ley para el arte, una ley para la nacionalidad de Francia, una ley para los recuerdos, una ley para las catedrales, una ley para los mayores productos de la inteligencia humana, una ley para la obra colectiva de nuestros padres, una ley para la historia, una ley para lo irreparable que se destruye, una ley para lo que una nación tiene de más sagrado después del porvenir, una ley para el pasado, esa ley justa, buena, excelente, santa, útil, necesaria, indispensable, urgente, no se tiene tiempo, no se hará?

¡Risible! ¡Risible! ¡Risible!



1833

IMBERT GALLOIX



IMBERT Galloix era un pobre joven de Ginebra, hijo ó nieto, si tenemos buena memoria, de un viejo maestro de escuela de aquel país; un pobre ginebrino, decimos, bien educado y literato también, que vino á París hace seis años, sin tener de qué vivir más allá de un mes; pero con la idea, que engañó á tantos otros, que París es una ciudad de suerte y de lotería, donde cualquiera que juega bien el juego de su destino concluye por ganar; una metrópoli bendita donde hay porvenir hecho y derecho para escoger, que cada cual puede ajustar á su existencia; una tierra de promisión que abre magníficos horizontes á todas las inteligencias y en todos los sentidos; un vasto taller de la civilización donde toda capacidad halla trabajo y hace fortuna; un Océano donde cada día se efectúa la pesca milagrosa; una ciudad prodigiosa, en una palabra, una ciudad de rápido buen éxito y de excelente actividad, de la cual, en menos de un año, el hombre que entró sin zapatos sale en carroza.

Llegó allí en el mes de octubre de 1827, y murió de miseria en el mes de octubre de 1828.

No hay en esto ninguna hipérbole; ese joven murió de miseria en París. No es que algunos hombres de esas clases inteligentes y humanas que se ha convenido en designar con el vago nombre de *artistas*, no es que algunos jóvenes de la buena juventud que piensa y que estudia, en medio de los cuales cayó á su llegada á París, desconocido de todos, no le estrechasen la mano, no le diesen consejo y socorro, no le abriesen su bolsa en el momento oportuno cuando tenía hambre y su corazón cuando lloraba. No hay que decir que varios de ellos se cotizaron para pagar su último alquiler y su último médico, y que no debe su ataúd al carpintero. Pero, ¿todo eso qué es sino morir de miseria?

Al llegar á París se presentó por su propia iniciativa en tres ó cuatro casas. He aquí con tal motivo lo que nos refería hace pocos días uno de los que le acogieron en sus primeras ilusiones y asistieron en sus últimas angustias:

—Era en octubre de 1827, una mañana en que hacía ya frío; estaba almorzando; abren la puerta y entra un joven. Un joven alto algo encorvado, de mirada brillante, cabello negro, pómulos encarnados, una levita blanca bastante nueva y con sombrero viejo. Me levanto y hago que se siente. Balbucea una frase con dificultad, de la cual sólo pude percibir tres palabras: *Imbert Galloix, Ginebra, París*. Comprendí que era su nombre, el lugar donde había estado de niño y el sitio donde quería ser hombre. Me habló de asuntos poéticos. Tenía un rollo de papeles bajo el brazo. Le acogí bien; noté únicamente que escondía los pies debajo de la silla con cierta vergüenza. Tosía un poco. Al día siguiente llovía á torrentes; el joven volvió á verme. Permaneció conmigo tres horas. Es-

taba de buen humor y radiante. Me habló de los poetas ingleses, acerca de los cuales no tengo grandes noticias, exceptuando á Shakespeare y Byron. Tosía mucho. Seguía ocultando los pies bajo la silla. Al cabo de tres horas observé que tenía los zapatos agujereados y que el agua entraba por ellos. No me atreví á indicarle nada. Se marchó sin haberme hablado de otra cosa más que de los poetas ingleses.

Así se presentó, poco más ó menos, en todos los puntos á que fué, es decir, en casa de tres ó cuatro personas especialmente dedicadas á estudios artísticos y poéticos. Fué bien recibido en todas partes, siempre alentado y protegido alguna vez. Eso no le impidió morir de miseria literalmente, como se ha dicho más arriba.

Lo que le caracterizaba en los primeros meses de su permanencia en París, era una ardiente y febril curiosidad.

Quería ver á París, oír á París, respirar á París, tocar, palpar á París. No el París que habla política y que lee *El Constitucional* y da guardia en la alcaldía; no el París que vienen á admirar los provincianos desocupados, el París monumento, el París San Sulpicio, el París Panteón, ni siquiera el París de las bibliotecas y de los museos. No, lo que le preocupaba ante todo, lo que despertaba sin cesar su curiosidad, lo que examinaba, lo que preguntaba sin descanso, era acerca del pensamiento de París, era la misión literaria de París, era la misión civilizadora de París, es el progreso que contiene París. Particularmente respecto de los nuevos desenvolvimientos del arte, giraban los estudios de aquel joven sobre París. En cualquier punto donde oía resonar un yunque literario, allí estaba él; emitía sus ideas, las dejaba amarillar sin réplica por la discusión, y á veces, á fuerza de forjarlas de nuevo, las hacía deformes. Imbert Galloix

es uno de los más notables ejemplos del peligro de la controversia para los talentos de segundo orden. Cuando murió no le quedaba ni una sola idea recta en el cerebro.

Lo que le caracterizó en los últimos meses de su permanencia, que fueron los últimos meses de su vida, fué un profundo descorazonamiento. No quería ver nada más, ni oír, ni decir tampoco nada. En algunos meses, por una transición cuyas gradaciones dejamos que las sueñe el lector, el pobre joven había descendido desde la curiosidad al asco. Aquí se presentan varias preguntas que haremos, pero dejándolas sin contestar. ¿Por qué lado quedaban arruinadas aquellas ilusiones? ¿Interior ó exteriormente? ¿Había dejado de creer en sí ó en el mundo? París, después de examinado, ¿le pareció cosa demasiado grande ó demasiado pequeña? ¿Habíase juzgado demasiado débil ó demasiado fuerte para trabajar alegremente en aquel inmenso taller de la civilización? La medida ideal de sí mismo que llevaba en él, ¿era demasiado corta ó demasiado alta cuando la hubo superpuesto á las realidades de una existencia que crear y de una carrera que recorrer? En una palabra, ¿la causa de la inacción voluntaria que precipitó su muerte era espanto ó desdén? No lo sabemos. Lo cierto es que, después de haber bien mirado á París, cruzó tristemente los brazos y no quiso hacer nada más. ¿Era pereza? ¿Era cansancio? ¿Era estupor? A nuestro juicio, eran las tres cosas á un tiempo. No había hallado ni en París ni en sí mismo lo que buscaba. La ciudad que creyó ver en París no existía. El hombre que creyó ver en él no se realizaba. Desvanecido su doble ensueño, se dejó morir.

Decimos que se dejó morir. Efectivamente, en lo físico y en lo moral, su muerte fué una especie de suicidio. Permítasenos no esclarecer más uno de los

lados ó aspectos de nuestro pensamiento. El caso es que se negó á trabajar. Se le había hallado ocupación (miserables ocupaciones, es verdad, en las cuales se agostan tantos jóvenes capaces quizás de grandes cosas), diccionarios, recopilaciones, biografías de contemporáneos á veinte francos por cada columna. Ensayó durante algún tiempo escribir ciertos trabajos. Luego le faltó el ánimo; lo rehusó todo. Se apoderó de él invenciblemente la ociosidad, como el viajero de quien se apodera el sueño entre las nieves. Una enfermedad lenta que tenía desde la infancia se agravó. Sobrevino la fiebre. Duró dos ó tres meses y murió. Tenía veintidós años.

En realidad, su país predilecto no era Francia, sino Inglaterra. Su sueño no era París, sino Londres. Ahora se verá en las líneas que dejó. Hacia el último tiempo de su vida, cuando el sufrimiento comenzaba á desvanecer su razón, cuando sus ideas medio apagadas sólo despedían una débil luz en su agostado cerebro, decía, extraña quimera, que la principal condición para ser feliz era el haber *nacido inglés*. Quería ir á Inglaterra para llegar á ser *lord*, gran poeta y hacerse rico. Aprendía el inglés con ardor. Era el único trabajo al cual permaneció fiel. El día de su muerte, sabiendo que iba á morir, tenía una gramática en su cama y estudiaba inglés. ¿Qué pretendía con ello?

Imbert Galloix murió triste, anonadado, desesperado, sin una sola visión de gloria en su cabecera. Había ocultado algunas columnas de prosa muy vulgar, según decía, en el rincón más obscuro de una de sus torres de Babel literarias que la librería llama *diccionarios biográficos*. Esperaba que nadie iría jamás á desenterrar de allí aquella prosa. En cuanto á los raros ensayos de poesía que había intentado, en los últimos tiempos, descorazonado como estaba, hablaba de ellos en tono triste y severamente. Su poesía,

en efecto, sólo se producía en estado de bosquejo. En la oda, su verso era de corto aliento y no corría con firmeza hasta el final de la estrofa. Su pensamiento, siempre desgarrado por laboriosos partos, tenía gran trabajo en llenar las sinuosidades del ritmo y dejaba casi siempre vacíos en todas partes. Tenía curiosidades de rima y de forma que pueden hallarse en talentos completos, una cualidad de más, preciosa sin duda, pero secundaria después de todo, y que no supe á ninguna cualidad esencial. No basta que un verso tenga buena forma; es preciso absolutamente, para que tenga perfume, color y sabor, que contenga una idea, una imagen ó un sentimiento. La abeja edifica artísticamente los seis costados de su alvéolo de cera, y luego lo llena de miel. El alvéolo es el verso, la miel es la poesía.

Galloix trabajaba mejor en la elegía. Allí su poesía era á veces tan palpitante como su corazón; pero allí también la facultad de expresarlo le faltaba todo á menudo. En general, su cerebro se resistía á la producción literaria propiamente dicha. Algunas veces, á fuerza de sufrir, el poeta se hacía hombre, su elegía se convertía en confidencia, su canto era un grito; entonces había belleza.

Como creía poco en el valor esencial y duradero de su prosa y de sus versos, como no había tenido tiempo de realizar ninguno de sus ensueños de artista, murió con el convencimiento desconsolador de que nada de él duraría después de su muerte.

Se equivocaba.

Quedará de él una carta.

Una carta admirable, en nuestra opinión; una carta elocuente, profunda, enfermiza, febril, dolorosa, loca, única; una carta que refiere toda una alma, toda una vida, toda una muerte; una carta extraña, verdadera carta de poeta, llena de visión y de verdad.

Esa carta, el amigo á quien Imbert Galloix la dirigía, ha tenido á bien confiárnosla. Hela aquí. Permitirá conocer mejor á Imbert Galloix que todo cuanto podríamos decir. La publicamos tal cual es, con las repeticiones, los neologismos y las faltas de francés (que las hay), y todas las dificultades de expresión propias del estilo ginebrino. Las dos ó tres supresiones que se verán, imponíanse al que escribe las presentes líneas por rigurosas conveniencias que todo el mundo aprobaría. Se ha procurado que esa publicación, hecha sólo en interés del arte, fuese todo cuanto impersonal se podía. Por eso los nombres propios, que en el original están escritos con todas sus letras, se encuentran aquí designados nada más que con iniciales, á fin de no lastimar las vanidades y sobre todo las modestias.

Dicho esto, añadiremos que la esencia de la carta está religiosamente respetada. Ni una palabra ha sido cambiada, ni un detalle deformado. Creemos que se leerá con el mismo interés que nosotros esa confesión misteriosa de un alma que se parece muy poco á las otras almas, y que, sin embargo, nos pinta á casi todos. He ahí, en nuestro sentir, lo que caracteriza esa carta singular. Es una excepción, y es todo el mundo.

París, 11 de diciembre de 1827.

Mi pobre D...

Hace muchos días que me propongo escribiros. Pero el dolor, la enfermedad que sabéis, las distancias de París, que se comen la mitad de los días, todo me lo ha impedido. ¡Oh! ¡Cuánto sufro y cuánto he sufrido! Me es imposible pensar en dar orden á esta carta, ni siquiera en manifestaros el estado de mi alma,

en materializar en palabras heladas esas desesperadoras perpetuas sucesivas impresiones, sensaciones, terrores, abismos de melancolía, de desesperación, etc. Estamos hoy á 11 de diciembre. Son las tres. He andado, he leído, el cielo está hermoso y padezco horriblemente. Llegado aquí el 27 de octubre; hace, pues, un mes que me aburro y vegeto sin esperanza. He tenido horas, días enteros en que mi desesperación se aproximaba á la locura. Cansado, contraído física y moralmente, y con el alma también contraída, andaba errante sin cesar por esas calles llenas de lodo y de humo, desconocido, solitario en medio de una inmensa multitud de seres, desconocidos también unos de otros.

Una noche me apoyé contra la pared de un puente del Sena. Miles de luces se prolongaban hasta lo infinito, el río agitaba sus aguas corrientes. Estaba yo tan cansado, que ya no podía andar, y allí, visto por algunos transeuntes que probablemente me miraban como á un loco, sufría tanto, que no podía llorar. En Ginebra bromeabais algunas veces acerca de mis sensaciones. Pues bien, aquí las desvoro solitario. Me atormentan, me agitan sin cesar, y todo se reúne para destrozar me el alma; ese sentimiento inmenso y continuo de la nada de nuestras vanidades, de nuestras alegrías, de nuestros dolores, de nuestros pensamientos; lo incierto de mi situación, el miedo á la miseria, la enfermedad nerviosa, mi obscuridad, la inutilidad de todos los esfuerzos, el aislamiento, la indiferencia, el egoísmo, la soledad del corazón, la necesidad del cielo, de los campos, de las montañas, hasta las ideas filosóficas, y por encima de todo eso, ¡oh! sí, por encima de todo eso, los recuerdos y sentimientos *lacerantes* (1) del país de sus abuelos. Hay

(1) Esta palabra está subrayada en la carta que tenemos á la vista.

momentos en que sueño en todo cuanto amaba, en que me paseo aún con San Antonio, en que recuerdo mis dolores de Ginebra, y las alegrías que conocí allí, muy rara vez, es cierto.

Hay momentos en que los rostros de mis amigos, de mis padres, un sitio consagrado por un recuerdo, un árbol, una roca, la esquina de una calle, están ahí ante mi vista, y los gritos de un aguador de París me despiertan. ¡Oh! ¡Cuánto padezco entonces! A veces, de regreso en mi solitario cuarto, mortificado de cuerpo y de espíritu, me siento, sueño; pero es un ensueño amargo, sombrío, delirante. Todo me recuerda á mis pobres padres, cuya felicidad no supe hacer; los cuidados de la planchadora, etc., etc., todo eso me ahoga. ¡El cambio de las horas de comer! ¡Oh! ¡Cuánto echo de menos mi cuarto de Ginebra, donde he sufrido tanto, y la clase, y mi tío, y vuestro hogar, y los rostros conocidos, y las calles frecuentadas! A veces una nonada, la vista del objeto más trivial, de una media, de una liga, hacen revivir en mí el tiempo pasado, y me agobia con todo el dolor presente. ¡Miseria del hombre que echa de menos lo que maldeciría pronto si volviese á encontrarlo! Ni siquiera puedo disfrutar de mi dolor; el espíritu de análisis está siempre ahí para desencantar todo.

Fastidio de un alma ajada á los veintiún años, áridas dudas, vagos recuerdos de una felicidad entrevista más vagamente aun, como esas glorias del Poniente en la cima de nuestras montañas, dolores positivos, dolores ideales, persuasión de la desgracia arraigada en el alma, certidumbre de que la fortuna, aunque es un gran bien, no nos haría completamente dichosos: he ahí lo que atormenta á mi pobre alma. ¡Oh mi único amigo! ¡Qué desgraciados son los que han nacido desgraciados!

Y algunas veces, sin embargo, parece que una

música aérea suena en mis oídos, que una armonía melancólica y ajena al torbellino de los hombres vibra de esfera en esfera hasta mí; parece que una posibilidad de dolores tranquilos y majestuosos se ofrece al horizonte de mi pensamiento, como los ríos de un país lejano al horizonte de la imaginación. Pero todo se desvanece por un cruel regreso á la vida positiva, ¡todo!

¡Cuántas veces he dicho con Rousseau: ¡Oh ciudad de lodo y de humo! ¡Cuánto debió sufrir aquí aquella alma tierna! Aislado, errante, atormentado como yo, pero menos desdichado, por sesenta años de un siglo serio y con grandes acontecimientos, gemiría en París; yo gimo igualmente, otros también vendrán á gemir. ¡Oh nada!, ¡nada!

He tenido, sin embargo, dos ó tres momentos de éxtasis. Un día, en la Opera, la música encantada del *Sitio de Corinto* me había hecho olvidar mis penas. Sabéis cuánto me agrada la elegancia, la suntuosidad, los títulos, todo, en fin, todo lo que nos coloca en un mundo tan hermoso aquí abajo como es posible, á lo menos exteriormente. Pues bien, esas impresiones que me llevaban á Ginebra tantas fisonomías extranjeras y distinguidas, tantas hermosas almas, tantos grandes personajes, tantas libreas y trenes, en fin, ese espectáculo encantador de las pompas de la civilización en medio de las pompas de la naturaleza, espectáculo que convierte á Ginebra en una ciudad única en Europa con relación á su tamaño; esas impresiones únicamente las he hallado en París, en la Opera, y leyendo de nuevo apasionadamente la vida de Alfieri, escrita por él mismo, que hacía cuatro años no había vuelto á leer. ¡Cuántas cosas para mí y para cada alma en esos cuatro años! Estaba yo, pues, en la Opera. Los prestigios de la música, la magnificencia del teatro, los trajes y las fisonomías que guarnecían

los palcos; respiraba yo todo eso, créame príncipe, rico, lleno de honores; los pórticos de un mundo que sólo es bello para mí porque le desconozco, se dibujaban ante mí rodeados de una aureola de elegancia y de finura. Había olvidado mi situación, ó mejor dicho, trataba de convencerme de que iba á concluir. Aunque rodeado de los sencillos trajes de la platea, no cabe duda de que estaba en los palcos. Sólo veía sobre mí. Me hallaba sumido en un Océano de ilusiones, de esperanzas desmedidas, de armonía, de esplendores, de vanidades, etc. Ese estado duró media hora. ¡Oh! ¡Qué tristes fueron los momentos que siguieron! ¡Qué amargos! ¡Lo mismo ocurre con la vida errante de ese rico, noble y desdichado Alfieri! Se ven en ella embajadores nobles, viajes en silla de posta continuados, ayudas de cámara, etc. ¡Oh! ¡Qué bueno es ser desgraciado con treinta mil francos de renta! No, no; excusadme esa frase. Sabéis que despojo la desgracia de los que la rodean de un modo positivo y que la contemplo en su espantosa desnudez, que es igual para todas las condiciones cuando se tiene en el alma algo que late con más fuerza por nosotros que por la muchedumbre. Las sensaciones me agobian. Dejo la pluma; voy á soñar. Reid, pues ahí me reconocéis de pies á cabeza, ¿no es verdad?

Cojo de nuevo la pluma hoy 27 de diciembre. Sigo padeciendo mucho. He tenido momentos horribles; pero no quiero seguir molestándoos con mis quejas. Son las doce de la noche y algunos minutos. Estamos, pues, á 28. ¿Qué importa? Algunos carruajes se oyen correr á lo lejos; pero ya han salido del Odeón. La tristeza, el invierno, la soledad y la noche reinan en todas partes. Estoy despierto junto á un fuego del cuarto piso de la calle *des Fossés-Saint-Germain-des-Près*. Mi cuarto, bastante elegante, está solo, y me